

LAS BIENAVENTURANZAS

(Mt 5, 3-10)

Conferencia del padre Alberto Maggi en la asociación
“Los beatos constructores de paz.” Padua 2006

Las Bienaventuranzas son las grandes desconocidas para los cristianos. Pero ¿cómo es posible que las personas de fe desconozcan un tema tan central de los evangelios? Como sabéis, una de las críticas que se han vertido contra la religión es la de ser “opio del pueblo”, o sea, una sustancia que adormece a la gente, y el cristianismo fue uno de los principales imputados de esta crítica, precisamente por el contenido mismo de las bienaventuranzas.

En efecto, si leemos el evangelio, al menos en la traducción o en la interpretación que se solía hacer antiguamente, nos encontramos con la siguiente redacción: “bienaventurados los pobres, los afligidos, los hambrientos...” y uno se pregunta: “¿pero cómo se puede decir esto?, ¿en qué cabeza cabe eso?, se ve que la persona que ha escrito estas cosas nunca ha conocido de cerca lo que es la pobreza, no sabe qué es la aflicción ni ha experimentado nunca el hambre”. ¿Por qué razón hay que llamar bienaventuradas a estas personas? La respuesta automática que daba al respecto la tradición del pasado era: todas estas personas son bienaventuradas porque de ellas es el reino de los cielos.

Pero ¿qué significa esto? Quiere decir que los pobres y afligidos van al paraíso al final de sus vidas y allí reciben su premio. Pero el caso es que los pobres, que son pobres pero no son estúpidos, se preguntaban por qué también los ricos van al cielo y, sin embargo, nunca les falta nada. No había coherencia, las explicaciones no resultaban convincentes y por eso las bienaventuranzas acabaron por convertirse en el gran fracaso del mensaje de Jesús. ¿Sabéis que sucedió en el pasado? Pues muy sencillo: como es lógico quien se hallaba en condiciones de pobreza, aflicción o hambre, apenas tenía una mínima oportunidad para escapar de tal situación no se lo pensaba dos veces. ¡Pero mira que si no eres pobre no eres bienaventurado!, les decían. ¡Bueno, pues para ti la bienaventuranza! Y por su parte los que no eran pobres ni estaban afligidos se guardaban muy mucho de hacerse pobres o hambrientos para obtener la bienaventuranza. Total, que por esta tergiversación al final se acabó por desconocer el significado del mensaje de Jesús.

Cuando se pregunta a los participantes en nuestros encuentros bíblicos cuántos son los mandamientos de Moisés, todos responden sin titubeos que son 10. Cuando se les pide que los enuncien, generalmente les cuesta bastante trabajo y confunden un tanto los términos, pero al final consiguen más o menos decirlos todos. Pero hay que tener en cuenta que éstas son las leyes que Moisés dio al pueblo de Israel, no es la propuesta que Jesús hizo a la comunidad cristiana. Veremos más adelante que las bienaventuranzas son el equivalente de los mandamientos para la comunidad de Mateo – porque trataremos las bienaventuranzas en Mateo. Pues bien, difícilmente se encuentran personas que sepan cuántas son las bienaventuranzas, y si se les pide que las enumeren, no son capaces de hacerlo.

La primera bienaventuranza, por regla general, la conocen todos, ya que es la más antipática, pero a partir de ahí surge la gran confusión. Salta a la vista, pues, que las bienaventuranzas no son algo apetecible, un mensaje algo que atraiga las aspiraciones de los hombres. Y me pregunto ¿cómo es posible que Jesús propusiera un mensaje tan alienante? Sin duda resulta sorprendente que Jesús sea el principal imputado de la crítica dirigida a la religión en el sentido de que ésta es el opio del pueblo.

En realidad, las cosas no son así ni mucho menos. Leyendo las bienaventuranzas, veremos cómo todas ellas están ligadas entre sí, y de un modo especial todas están estrechamente vinculadas con la primera. Veremos que el mensaje de Jesús no es opio del pueblo, sino muy al contrario, adrenalina para los pueblos. Su mensaje es ese impulso de vida capaz de poner en movimiento un flujo circular de energías y fuerzas vitales capaces de cambiar la sociedad; he aquí por qué en la última bienaventuranza se habla de la persecución.

Hoy abordaremos al menos las líneas principales de este texto que, cuando es adecuadamente conocido, puede reforzar las riquezas de la fe de los creyentes, pero también para el no creyente aporta una gran riqueza, porque abre al conocimiento de un texto de gran valor literario, ya que los evangelistas – como sabéis – eran espléndidos teólogos y destacados literatos que pueden competir con los autores literarios de fama mundial.

En nuestra exposición nos ceñiremos al texto del evangelista Mateo. Como sabéis, cada evangelista tiene su propio plan teológico; por ello es bueno que antes de afrontar la lectura de cualquier episodio del evangelio, intentemos situarnos dentro del plan teológico que el evangelista pretende desarrollar.

¿Qué significa que cada evangelista tenga su propio plan teológico? Quiere decir que si bien todos los evangelistas anuncian el mismo mensaje, las formas, las fórmulas y los modelos que utilizan para proclamarlo difieren conforme a la pretensión de cada evangelista, conforme a su estatura teológica, literaria, pero sobre todo, las diferencias se deben a la idiosincrasia particular de los destinatarios del mensaje, ya que el escritor adapta su mensaje a los receptores del mismo. Pues bien, el autor del evangelio de Mateo se dirige a una comunidad de judíos que han reconocido y han aceptado a Jesús como el Mesías esperado, pero con la condición de que tal revelación y aceptación se encuadre en el marco fijado por la tradición religiosa del pueblo judío, es decir, siguiendo las líneas y las huellas de Moisés y del profeta Elías, sus enseñanzas. De este modo, el evangelista lleva a cabo una hábil obra didáctica y literaria para hacer comprender que Jesús es superior, pero lo hace siguiendo las pautas de la vida y de los acontecimientos de Moisés.

Entonces, ¿en qué consiste la labor de este evangelista? En aquél tiempo se creía que Moisés era el autor de los primeros cinco libros de la Biblia, los libros conocidos como el Pentateuco, que conforman la llamada Ley. Por eso, Mateo compone su obra dividiéndola exactamente en cinco partes, cada una de las cuales concluye con palabras similares, idénticas en realidad, a las que encontramos en los libros de Moisés. Por tanto, el evangelio de Mateo está dividido en cinco partes.

- Conocemos toda la historia de Moisés, que comienza con el suceso extraordinario, milagroso, que lo salvó de la orden emitida por el Faraón de acabar con la vida de todos los primogénitos hebreos; he aquí la razón por la que solo en Mateo, y no en los otros evangelistas, encontramos el episodio de la matanza de los niños de Belén planeada por aquél que generalmente viene presentado como el nuevo Faraón, o sea, el hombre del poder despótico (Herodes). Este episodio está solo en Mateo porque el evangelista quiere poner de manifiesto la equivalencia que existe entre ambos personajes.

- Otro momento importante en la vida de Moisés es cuando sube a un monte, el monte Sinai, y allí, a través de él, Dios promulga la alianza con el pueblo. Pues bien, también Jesús en este evangelio sube a un monte para promulgar la nueva alianza, pero hay una diferencia sustancial: Jesús no recibe la ley de Dios, él mismo es la nueva ley, él que ha sido presentado desde las primeras líneas del evangelio como el Dios con nosotros, aquél que anuncia la nueva alianza. Jesús ha venido a proponer una relación con Dios completamente distinta de lo que se conocía en el mundo judío. **Jesús vino a trasladar las personas desde el mundo de la religión al mundo de la fe.** ¿Cuál es la diferencia entre religión y fe? Por religión se entiende todo aquello que el hombre debe hacer en relación a Dios. Con Jesús todo esto se ha terminado. Con él comienza una relación nueva con Dios en la que no cuenta ya lo que el hombre haga por Dios, ahora se trata, en cambio, de acoger aquello que Dios realiza en favor del hombre.

Estando así las cosas, la propuesta de Jesús no puede ser catalogada en términos de religión, sino como fe. **Y Jesús vino a proponer una nueva relación con el Padre, con Dios, una relación que no se basa ya en la obediencia a una ley, sino en la acogida de su amor y en el parecerse al mismo.** Es importante que tengamos presente esta distinción, porque en el judaísmo el creyente era aquél que obedecía a Dios observando sus leyes. Pero si existe una ley, eso mismo quiere decir que determinadas personas, debido a su peculiar situación social, civil, religiosa, moral, sexual, etc, no están en condiciones de observar dicha norma, y entonces resultan discriminados, no pudiendo cumplir aquellos requisitos que hacen posible establecer una relación de comunión con Dios. Esto hace que las personas sean catalogadas como observantes o inobservantes. Jesús, por su parte, enseña que el creyente no es quien observa las leyes, sino aquél que se asemeja al Padre practicando un amor similar al suyo. Observar las reglas no es posible para todos, pero acoger el amor inmerecido e incondicionado del Padre todos lo pueden hacer. En la mentalidad religiosa estaba en vigencia el mérito, el hombre debe hacerse merecedor del amor de Dios, pero esto es injusto, ya que hay personas que por su condición particular no logran merecer el amor de Dios: con Jesús deja de tener vigencia la idea del mérito; ahora el amor de Dios ha de ser acogido como un don gratuito de su amor. Esta es la novedad que Jesús trae consigo, y que los evangelistas formulan conforme al modelo literario que seguidamente veremos.

- Después, como sabéis, Moisés no pudo entrar en la tierra prometida. Murió en el monte Nebo justo antes de entrar en ella. He aquí por qué también Jesús termina su recorrido en un monte, en el que tiene lugar su acción conclusiva, cosa que solo acontece en el evangelio de Mateo. Ahora bien, mientras que en el libro del Deuteronomio se presenta la escena de la muerte de Moisés, con la necesidad consiguiente de hacer surgir un sucesor que guíe al pueblo para entrar en la tierra prometida, el relato de Mateo termina de un modo distinto. El escenario es igualmente un monte, pero lo que se presenta no es una escena de muerte, es la escena de una vida triunfante que ha sido más fuerte que la muerte. Y, mientras Moisés necesitaba una persona que continuara y llevara a término su tarea inconclusa, Jesús no precisa un sucesor. Las últimas palabras que Jesús pronuncia en este evangelio son “siempre estaré con vosotros”, literalmente estaré con vosotros hasta el final de los tiempos, lo que no indica una fecha de caducidad, sino la calidad de su presencia. Jesús siempre está presente en su comunidad.

Veamos entonces este episodio; ya hemos dicho que Moisés sube al monte y anuncia los mandamientos en nombre de Dios. Los diez mandamientos fueron dados para un pueblo particular, sellaban la relación de Dios con el pueblo de Israel. La novedad que trae Jesús es radical: también sube al monte y proclama la ley, pero él, que es Dios, anuncia algo completamente nuevo, precisamente las bienaventuranzas. El evangelista elabora el relato de las bienaventuranzas con un despliegue de recursos que lo convierten en una obra de arte literaria. Ante todo, es importante tener en cuenta el número de las bienaventuranzas, que en Mateo son 8. ¿Por qué se ha escogido este número? En el cristianismo primitivo el número ocho era muy importante porque la cifra ocho simbolizaba la resurrección de Cristo. Jesús resucitó el primer día después de la semana, o sea, el octavo día. Esta es la razón por la que los batisterios de la antigüedad, donde tenía lugar la incorporación a la comunidad cristiana a través del bautismo, tenían forma octogonal, el número 8 remitía al significado de vida indestructible.

Así pues, recapitulando cuanto hemos dicho, tenemos que **mientras la observancia de los mandamientos garantizaba una larga vida aquí en esta tierra, la acogida de las bienaventuranzas garantiza ya desde esta existencia una vida de una calidad indestructible.** He aquí porqué cuando Jesús habla de la resurrección no lo hace a la manera judía. En el mundo judío, la vida eterna era un premio a recibir en el futuro, que era necesario obtener por medio de la

buena conducta del presente. Jesús, en cambio, cuando habla al respecto lo hace usando siempre el tiempo verbal del presente: la vida eterna no es un premio que se recibirá en el futuro, es una posibilidad que se nos brinda y que podemos experimentar desde ahora. Quien acoge el mensaje de Jesús y lo pone en práctica descubrirá cómo surgen dentro de él ciertas energías, determinadas capacidades y fuerzas vitales de amor que lo conducen ya a una dimensión que es la definitiva.

Por eso, cuando el evangelista identifica en 8 el número de las bienaventuranzas quiere decir que la acogida de este mensaje produce en el hombre una vida de tal calidad que resulta indestructible. Pero hay más: el evangelista calcula exactamente el número de palabras que componen su relato de las bienaventuranzas. Tal vez parezca un poco maniaco, demasiado puntilloso, pero era el estilo literario de la época. El caso es que para llegar al número deseado, inserta una partícula que de por sí no era gramaticalmente necesaria, en cierta manera fuerza la redacción de modo que el relato se compone exactamente de 72 palabras.

¿Por qué 72? Porque según el cómputo que aparece en el libro del Génesis capítulo 10, las poblaciones paganas conocidas en aquella época estaban representadas precisamente por la cifra 72. Este número indica, por consiguiente, todo el universo conocido, el mundo pagano. ¿Recordáis en el evangelio de Lucas cuando Jesús envía 72 discípulos? ¿Qué quiere indicarnos el evangelista? Quiere decirnos que mientras que los mandamientos de Moisés fueron dados a un pueblo determinado, Israel, las bienaventuranzas, en cambio, han sido dadas para toda la humanidad, todos los pueblos sin excepción pueden acoger este mensaje.

La primera bienaventuranza no aparece ahí por casualidad. Está colocada con toda intención, pues indica la condición para que existan todas las otras. Por ello, es la bienaventuranza que crea más dificultad. La conocemos, es la bienaventuranza de los pobres, es la que por regla general se antoja más antipática. “Bienaventurados los pobres de espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos”, o literalmente, “Bienaventurados los pobres en el espíritu, porque de ellos es el Reino de los cielos”. Nunca jamás en los evangelios ha dicho Jesús que los pobres sean bienaventurados, nunca. Por consiguiente, resulta falso afirmar que Jesús haya declarado bienaventurados a los pobres, es decir, aquellos que la sociedad ha hecho pobres. No

es cierto. **Jesús en los evangelios jamás declara a los pobres bienaventurados. Los pobres son desgraciados, y es tarea y responsabilidad de la comunidad hacer que salgan de esa condición de pobreza.**

Entonces, ¿cómo surgió este dicho de que Jesús haya exaltado la pobreza? Como sabréis, uno de los problemas que ha tenido la iglesia católica es que el evangelio fue escrito en griego (la lengua comercial de la época), pero en el curso de pocos decenios el griego perdió su carácter de lengua internacional y fue sustituido por el latín en occidente, por el sirio en oriente y por el copto en África. Surgió entonces la necesidad de traducir los textos desde el original griego a las lenguas habladas por la población. En el proceso de traducción del griego al latín ciertas sutilezas gramaticales, ciertas figuras del lenguaje no pudieron ser conservadas, y después, la interpretación que la Iglesia hizo del texto dio pie para que en el imaginario de la gente Jesús hubiese proclamado benditos a los pobres, sin más.

Las bienaventuranzas, ante todo, están escalonadas por esta invitación: “bienaventurados”, que se repite hasta 8 veces. ¿Qué significa el término **bienaventurados** (μακαριοι)? En aquella época, μακαριοι indicaba la **felicidad plena y total** que de por sí era considerada como una característica celosa y exclusiva de las divinidades. En el mundo pagano, en efecto, los dioses contaban con algunas prerrogativas exclusivas, únicamente de ellos, y una de éstas era la felicidad. Cuando se percataban de que alguien en la tierra alcanzaba un nivel de felicidad que ellos consideraban exagerado, pues temían que se acercase demasiado a su nivel, lo azotaban con alguna desgracia.

Pues bien, Jesús por 8 veces invita a la plenitud de la felicidad. Mientras la religión promete una felicidad ilusoria y enseña que la felicidad está en el más allá (sufre aquí, serás feliz en la otra vida), Jesús disiente. Él ha venido a anunciar que es posible ser plenamente felices aquí en esta existencia. Jesús ha venido a proponer un nuevo tipo de relación con Dios, pero sobre todo un nuevo tipo de relación con las personas que haga posible la felicidad, una felicidad ilimitada, no solo parcial, una felicidad plena y total aquí en esta existencia. En otras palabras, Jesús enseña que **Dios no es enemigo de la felicidad, Dios es el autor de la misma, y desea que esta felicidad llegue a ser la condición habitual de cada ser humano.**

Así pues, hasta por 8 veces Jesús invita a la plenitud de la felicidad aquí sobre esta tierra. Por ello, el mensaje de Jesús no puede ser considerado como un mensaje alienante, no promete nunca la obtención de una felicidad en el más allá, remite siempre a esta misma tierra. De este modo, Jesús proclama bienaventurados, o sea, plenamente felices a los “pobres de espíritu”, o mejor, a “los pobres por el espíritu”. Por tanto, Jesús nunca proclama bienaventurados a los pobres simplemente, a los indigentes y desposeídos. En este caso se trata de los pobres de espíritu. Ahora bien, debemos comprender con precisión el significado de esta expresión “pobres de espíritu”. Desde el punto de vista gramatical, la pobreza en el espíritu puede indicar:

- una determinada carencia del individuo: es decir, aquellas personas que son de algún modo deficientes en el espíritu. No obstante, no parece probable que Jesús proclame felices a los retrasados o deficientes mentales. Éstas son personas que la comunidad cristiana ha de apoyar y sostener, pero su imagen no es obviamente el ideal al que debe aspirar la comunidad.
- pobres de espíritu puede significar también una actitud espiritual; y precisamente esta fue la interpretación elegida por la iglesia en el pasado. ¿Qué quiere decir?: tú eres rico, puedes mantener tus riquezas, pero lo importante es que estés desapegado espiritualmente, aunque no se entienda muy bien lo que esto implica. Así, la pobreza de espíritu se transformó en espíritu de pobreza. Y esta fue la versión que imperó en la tradición de la iglesia. No se le pedía al rico que renunciase a su riqueza, lo importante era el desapego, era suficiente que se recordase de vez en cuando de hacer alguna limosna para las obras de beneficencia eclesial...

Sin embargo, dado que es ésta la bienaventuranza más difícil de digerir, Jesús vuelve a tratar de ella en varias ocasiones a lo largo de este evangelio. Por ejemplo, cuando Jesús exhorta al rico que se le acerca a que renuncie a sus riquezas pero éste hace oídos sordos y se aleja entristecido, Jesús no va detrás de él atenuando su exigencia para pedirle que se quede. No le dice: “bueno, conserva las riquezas, lo importante es que estés desapegado espiritualmente”. La ruptura con las riquezas ha de ser inmediata, efectiva y radical.

- pobres en el espíritu puede significar asimismo una opción existencial; o sea, no se refiere a personas que la sociedad ha hecho pobres, sino a

personas que en el espíritu, o sea, en virtud de su fuerza interior, eligen voluntariamente **colocarse en una condición de pobreza**. Pero ¿qué quiere decir entrar en una condición de pobreza? Al final del relato de las bienaventuranzas encontramos la reacción de estupor por parte de la gente y Jesús declara: no penséis que he venido a abolir la ley y los profetas – es decir, las dos partes que componían el Antiguo Testamento – yo he venido para llevarlos a su pleno cumplimiento. Jesús ha venido para realizar plenamente el designio de Dios hacia la humanidad que ya había expresado Moisés, es decir, que en el seno del pueblo no haya nadie en condiciones de precariedad. Esta es la voluntad de Dios.

En aquella época, cada nación contaba con su propia divinidad. Partiendo de la base que todos consideraban verdadero al propio dios, ¿cómo hacer entonces para dilucidar cuál de dichas divinidades era la más importante? Pues bien, el reto de Israel era precisamente éste: desterrar la pobreza del pueblo. Así, cuando no haya ningún necesitado en el pueblo, la gente deberá creer que verdaderamente la divinidad de Israel es la más fuerte de todos, la divinidad más auténtica.

He aquí por qué en su descripción Lucas afirma que en la primitiva comunidad de Jerusalén daban testimonio con gran fuerza de la resurrección de Jesús, ¿de qué modo?: no con el catecismo, con proclamaciones, sino formando una comunidad en la que no había personas necesitadas. La única prueba de que Cristo ha resucitado es que en la comunidad no hay personas pudientes y personas en condiciones precarias. En la cena de la comunidad nadie es indigente. Es ésta la única prueba, no hay otras. Y Jesús ha venido a llevar esto a cumplimiento, aunque evidentemente es bien difícil. Cuando se toca el monedero de las personas surgen los escollos. Hay un caso en el evangelio de Lucas que parece casi una narración humorística. A Jesús lo sigue una multitud enorme porque se dirige a Jerusalén y la gente piensa que se trata de la conquista de la ciudad y que, por tanto, va a obtener algo grande. Jesús al cabo de tres etapas dice:

- mirad que voy a Jerusalén a sufrir (bien, estamos dispuestos a sufrir contigo, responden los suyos)
- puede ser incluso que acaben con mi vida (bien, estamos dispuestos a morir por ti, responden de nuevo)
- quien no venda todo aquello que posee, no se crea que puede venir conmigo....

Aquí se complican las cosas: querido Mesías, vete a Jerusalén y después, cuando la hayas conquistado, me mandas una tarjeta postal.... La multitud lo ha abandonado sin remisión. Cuando se toca el interés crematístico todo se viene abajo. Esto es cierto hasta el punto de que la comunidad cristiana transformó incluso el significado de la oración del Señor, el Padre Nuestro. Cuando Jesús dice en el Padre Nuestro “perdona nuestras deudas así como nosotros perdonamos a nuestros deudores”, no está hablando del perdón de las culpas, no está tratando de algo espiritual, está mencionando en realidad algo muy concreto: la cancelación real y radical de las deudas. ¿Por qué hace esto Jesús?

Hemos visto que el Señor, a través de Moisés, había hecho surgir una esperanza, un ideal: nadie en mi pueblo habrá de pasar necesidad. Para cumplirlo, elaboraron una ley según la cual en el plazo de 7 años todas las deudas quedarían canceladas. En sí misma, la ley era buena, pero lo cierto es que a la larga acabó por empeorar la situación de los necesitados, porque cuando se acercaba el cumplimiento de los siete años nadie estaba dispuesto a prestar nada, ya que sabía que no le sería devuelto nada. Y tampoco se prestaba a personas de las que no se tenía la garantía cierta de que devolverían el préstamo. En conclusión, esta ley, que había sido hecha pensando en los pobres, acabó por retorcerse en contra de ellos.

Jesús la retoma, pero la varía sustancialmente. No se trata de aplicarla cada siete años, ahora se convierte en práctica habitual de la comunidad, es más, llega a ser el criterio de reconocimiento de la misma. En la mentalidad de la época se consideraba que el ser humano era deudor respecto a su Señor pues de él había recibido la vida, la naturaleza. Se pedía que se nos perdonaran los pecados como perdonamos los pecados ajenos. Pero se trataba de deudas de tipo económico, porque quizás es más sencillo (aunque sea difícil) perdonar una culpa antes que cancelar una deuda, especialmente si es relevante. Y esta enseñanza de Jesús fue, por tanto, espiritualizada.

Por consiguiente, ¿qué es lo que Jesús pide en esta bienaventuranza? No pide a sus discípulos que se despojen de sus cosas, sino que vistan al desnudo, y cada uno de nosotros podemos hacerlo sin necesidad de despojarnos de nuestros vestidos y entrar en esa clase de pobreza que es inútil. Hemos de comprender el mensaje de Jesús y traducirlo en nuestra cultura: pide que **abajemos nuestro nivel**

de vida para permitir a quienes tienen un nivel demasiado bajo que lo puedan elevar. Tal como hizo Jesús quien, según el Nuevo Testamento, de rico que era se hizo pobre para que los pobres fuesen ricos. Jesús, el Señor, quiere que todos penetren en el grupo de los señores, pero no le interesa que nadie entre en el grupo de los ricos. Jesús se comporta de forma severa con los ricos, tanto que afirma que ninguno entrará en el reino de los cielos.

¿Por qué ningún rico puede entrar en su comunidad del reino de los cielos? ¿Qué significa que Jesús, el Señor, nos invite a entrar en el grupo de los señores? El señor es aquél que da, y todos podemos ser señores. Dar no depende de la salud, no depende de la cultura, no depende ni tan siquiera de la cuantía de nuestras posesiones. Todos somos llamados a convertirnos en señores; así pues Jesús, el Señor, nos invita a ser señores. ¿Y quién es el rico? Es aquél que retiene para sí cuanto posee, aquél que es incapaz de compartir. Entonces, para Jesús no hay lugar para el rico en el seno de la comunidad, porque su comunidad está formada por señores, pero no por ricos. En aquella época eran conocidos los así llamados pobres de Yahvé, o sea, personas que se fiaban del Señor para salir de la pobreza; pero aquí con Jesús sucede todo lo contrario: surgen personas que se fían de tal forma del Señor que deciden optar por la pobreza. **Los pobres en el espíritu son aquellos que libremente, voluntariamente, por amor, se sienten responsables de la felicidad y del bienestar de los demás.**

Pues bien, Jesús les dice “bienaventurados porque de ellos es el reino de los cielos”. Pero ya que manejamos tantas veces esa imagen espiritualizada del reino de los cielos parecería que nos topáramos de nuevo con el más allá. No, Mateo es el único evangelista que emplea la fórmula “reino de los cielos”, no lo hacen los otros evangelistas. Allí donde los otros hablan de “reino de Dios”, Mateo usa la fórmula “reino de los cielos”, y lo hace porque escribía para lectores judíos y los judíos evitan nombrar e incluso evitan escribir el nombre de Dios. Por eso Mateo, para no herir su susceptibilidad, todas las veces que puede sustituye el término “Dios” por el término “cielos”. Lo hacemos también nosotros en nuestras lenguas, sin darnos cuenta, cuando decimos “gracias al cielo”. No queremos darle las gracias a la atmósfera, sino a Dios. También decimos “no lo quiera el cielo” y otras expresiones semejantes en las que cielo sustituye a Dios. En conclusión, “Reino de los cielos” no tiene la connotación del más allá, señala el reino de Dios sin más.

¿Qué significa reino de Dios? Israel venía de una experiencia desastrosa de la monarquía. Dios, de hecho, no la había querido, pues Dios no tolera que haya un hombre que pueda mandar sobre otros hombres, pero Israel la quiso a pesar de todo, a pesar contrariar con ello la voluntad del Señor. El Señor, por medio de los profetas, había advertido: mirad que vuestros reyes harán de vuestros hijos guerreros, de vuestras hijas sus siervas, se apoderarán de vuestros mejores campos... No importa, queremos tener un rey igual que los otros pueblos, seguía deseando tercamente Israel. Y esto marcó el inicio de la desgracia nacional del pueblo: se fueron sucediendo reyes pésimos, uno peor que otro, lo que condujo a una guerra fratricida entre los distintos reinos, con la consecuencia de que las potencias del entorno ocuparon y absorbieron más tarde a Israel. Todo esto hizo que se proyectara en Dios la figura del rey ideal. El rey ideal era aquél que se ocuparía de los pobres y de los marginados.

Así pues, decir que “de ellos es el reino de los cielos” significa afirmar que Dios es su rey, o sea, que estas personas son gobernadas directamente por Dios, y Dios no gobierna emanando leyes que los hombres hayan de observar, sino comunicando su espíritu. De ahí que esta primera bienaventuranza tenga el verbo en presente. No dice que de ellos será el reino de los cielos el día de mañana. No, el fruto es inmediato: ellos ya poseen el reino de los cielos.

Pero atención, no estamos hablando de un individuo aislado: las bienaventuranzas no se dirigen nunca a un solo individuo, siempre tienen por objeto una pluralidad. Jesús habla en plural: bienaventurados aquellos que.... Y, ¿por qué habla Jesús en plural? Porque para él no tiene valor que una persona aislada se comporte así. Jesús quiere incidir profundamente en la sociedad para cambiar radicalmente el rostro de la misma, y por ello precisa de un grupo, de una comunidad.

Así pues, con otras palabras Jesús está asegurando lo siguiente: **si hay un grupo de personas que hoy elige libremente, voluntariamente, ser responsables de la felicidad y del bienestar de los demás, desde ese momento sucede algo extraordinario: sucede que Dios se hace cargo de ellos; y surge de ahí un cambio maravilloso. Si nosotros nos hacemos cargo de los demás, finalmente damos la posibilidad a Dios de preocuparse Él de nosotros.**

Entonces ¿sabéis qué ocurre? Que se pasa de creer en Dios a experimentarlo: y la diferencia es enorme. Cuando se pregunta a los cristianos si creen que Dios es Padre, normalmente responden que sí. Pero la cosa resulta más compleja cuando se les pregunta: “pero ¿tú lo has experimentado como Padre?”, y aquí surgen los problemas. Ésta es la tragedia de nosotros, cristianos: nos han llenado la cabeza de ideologías, pero no nos han transmitido experiencias vitales; nos han hecho creer que Dios es Padre, y esto es verdad, pero no nos lo han hecho experimentar.

He aquí el modo como se puede experimentar: si nos hacemos cargo y llegamos a ser responsables de la felicidad y del bienestar de los otros, desde ese momento exacto permitimos a Dios hacerse cargo. Él mismo de nuestra propia felicidad, y la vida cambia, porque se pasa a experimentar cotidianamente, aún en los aspectos más insignificantes de la existencia, la presencia tierna de un Padre que en cualquier situación te susurra: “no te preocupes, fíate de mí”.

Esto no significa que desaparezcan nuestras dificultades ni que se desvanezcan por encanto las contrariedades que la vida nos hace encontrar, pero contamos con una nueva energía, una capacidad renovada para afrontarlas y vivirlas. Esta es la primera bienaventuranza, Jesús es muy claro: **aquellos que libremente, voluntariamente, por amor, deciden hoy, en este momento, hacerse responsables de la felicidad de los demás, son bienaventurados, porque de ellos, y no de los demás, se hace cargo Dios** (este es el significado del reino de los cielos, Dios los gobierna). Si existe esta base, he aquí que después vienen todas las otras bienaventuranzas, que están condicionadas por la primera. La primera tiene el verbo en el presente, todas las demás, excepto la última, tienen el verbo en tiempo futuro. En las otras bienaventuranzas, el evangelista presenta primeramente situaciones negativas de la humanidad, de cuya eliminación se habrá de encargarse la comunidad que ha optado por vivir la primera bienaventuranza.

La primera de dichas situaciones de sufrimiento de la humanidad es la siguiente: “Bienaventurados los afligidos porque serán consolados”, o literalmente “Bienaventurados los afligidos, porque éstos serán consolados”. Jesús proclama bienaventurados a los afligidos u oprimidos (el término *πενθουυτε*) puede ser traducido de ambas formas), porque ellos serán consolados.

Como hemos dicho antes, tampoco ahora quiere decir que los desgraciados de este mundo serán consolados el día de mañana en el más allá. ¿Qué le importa saber que mañana serán consoladas a las personas que ahora sufren, que lloran desconsoladas en estos momentos? Y además Jesús no habla de un consuelo superficial, pasajero, sino de la profunda consolación que proviene de Dios, que no es lo mismo. Seguramente conocéis el libro de Job, ese hombre piadoso al que suceden todas las desgracias del mundo: arden sus campos, mueren sus bestias, mueren también sus hijos, se derrumba su casa sin que se muera su mujer... Pues bien, tres amigos, personas muy pías (las peores personas que se pueden encontrar en los momentos de dificultad) van a verlo para consolarlo. Y ¿sabéis que dice Job? He tenido que soportar muchas desgracias, pero ninguna ha sido tan fatídica como vosotros, que habéis venido a consolarme en vano, porque también yo sabría usar vuestras palabras huecas si estuviera en vuestro lugar.

Jesús no habla de una aflicción cualquiera, no habla de cualquier tipo de tristeza. El evangelista toma esta expresión del libro del profeta Isaías, capítulo 61, en donde se declara que el día de la venida del Mesías será para consolar a todos los afligidos. Así pues, esta bienaventuranza de Jesús (“bienaventurados los afligidos”) se dirige a un grupo especial de afligidos y oprimidos. Aquí no se habla de cualquier tipo de aflicción, como puede ser la aflicción debida a una relación complicada con otra persona o una situación dolorosa cualquiera; los afligidos de los que habla Isaías es el pueblo que se siente oprimido por dos realidades que no hacen sino empeorar su situación:

1. desde el exterior, una dominación pagana
2. y desde el interior, la opresión de los jefes religiosos

Estos dos elementos provocan que el pueblo se halle en una situación de aflicción y opresión tal que no puede dejar de gritar la propia desesperación. Tan es así que en el evangelio de Lucas esta bienaventuranza es expresada con la frase “bienaventurados los que lloran”: no se trata de personas deprimidas, son personas que han sido aplastadas por una situación de injusticia política, económica o social, y por eso exclaman desesperados.

En otras palabras, Jesús dice que quienes viven esta situación, aplastados por la sociedad desde el punto de vista económico, político, social, religioso, estas personas sofocadas y hundidas no son

proclamadas bienaventuradas porque estén afligidas (la bienaventuranza no se refiere nunca a la condicional, está siempre en el segundo término del enunciado), sino que aquellos que viven esta condición de aflicción son bienaventurados porque – y el evangelista que es un gran teólogo y literato usa atentamente los términos, no emplea el verbo confortar (ενισχυω), sino el verbo **consolar** (παρακαλεω) que **significa la eliminación desde la raíz de la causa del sufrimiento**.

Todas estas bienaventuranzas están condicionadas por la primera: si existe un grupo de personas, una comunidad que comienza a hacerse cargo de aquellos de los que nadie se ocupa, de todas esas personas que sufren hasta el punto de tener que gritar su desesperación, son bienaventurados porque gracias a esta comunidad que se ocupará de ellos verán llegar el final de su aflicción.

Así pues, no es para nada un mensaje alienante o espiritualista, un mensaje que remita al consuelo del más allá, es, antes bien, un mensaje de inmediatas consecuencias. Hay mucha gente desesperada que exclama en su desesperación y nosotros debemos poner fin a sus sufrimientos. Por consiguiente, bienaventurados los afligidos porque asistirán al final de su aflicción.

Veamos a continuación una bienaventuranza en la que no se comprende bien la relación existente entre la situación de sufrimiento y la promesa de liberación. Hemos visto que en las bienaventuranzas hay una situación negativa a la que sigue una promesa de una solución, por tanto, para aquellos que escogen ser pobres, las consecuencias negativas de esta opción serán eliminadas porque Dios es su rey y a los pobres se les promete que heredarán su reino.

Hemos visto que los afligidos serán consolados, veremos después que los hambrientos serán saciados, pero en este caso, en cambio, no se comprende por qué esta bienaventuranza es: “Bienaventurados los mansos porque heredarán la tierra”, o la traducción literal “Bienaventurados los mansos porque heredarán la tierra”. No se entiende bien qué tiene que ver la tierra con la mansedumbre. En las otras bienaventuranzas tenemos una situación negativa con la promesa de una liberación positiva, pero aquí no se comprende del todo la ligazón entre ambos miembros. En el pasado, y cuando critico el pasado no es tanto una crítica por mala fe del pasado, carecían de los instrumentos necesarios para una comprensión precisa del texto. El caso es que hasta

hace unos 40 años no se contaba todavía con el texto íntegro del Nuevo Testamento griego. Fue solo a partir del Concilio Vaticano II cuando la Iglesia católica tornó al texto griego; la primera edición del mismo se remonta apenas al año 1975, antes de ayer como quien dice. Previamente, no había posibilidad de contar con conocimientos profundos del evangelio. Entonces, en el pasado no entendiendo esta bienaventuranza, la tierra había sido transfigurada en el más allá, siguiendo la manía de remitirlo todo al paraíso, y los mansos eran los sometidos, los obedientes que esperaban en el más allá mientras se inclinaban sobre todo a la autoridad eclesiástica.

Pero volvamos a Mateo, también en este caso el evangelista se remite a la historia de Israel, y en concreto está citando el salmo 37,11. En la historia de Israel las cosas habían sucedido del modo siguiente: cuando el pueblo entró en la tierra de Canaán, la tierra fue dividida según las tribus y cada tribu fue posteriormente dividida según los clanes, los clanes dividieron entonces la tierra que les fue asignada según las familias pertenecientes al mismo, de modo que a cada familia le tocara un pedazo de tierra. La tierra es muy importante en oriente; un hombre sin tierra es un hombre sin dignidad – y esto permite comprender la reacción de los palestinos cuando se les confisca la tierra. Perder la tierra no significa solo verse desposeído de un pedazo de tierra, se pierde la vida, la dignidad, porque si un hombre tiene tierra, puede trabajar y por tanto puede nutrir y mantener bien la propia familia; si no tiene tierra, nada de todo esto sucede. La posesión de la tierra era del todo decisiva en aquella sociedad.

Pero tras la división, sucedió que en el intervalo de dos o tres generaciones los más prepotentes, los más aguerridos, los más astutos, los más deshonestos, en suma, tomaron posesión de la tierra de las personas menos capaces, de las personas menos astutas y de las personas más débiles. El resultado fue que gran parte de la tierra pasó a ser poseída por poquísimas familias en cuyas manos se concentró todo y la gran parte de la gente estaba obligada a ir a trabajar como braceros en la misma tierra que había sido propiedad suya previamente. Una situación, pues, de total injusticia. Entonces, estas personas que habían sido expropiadas de su tierra protestaban con fuerza y para calmarlos, siempre las personas pías, usan el salmo 37, que es todo un panegírico, y dicen: no, no os irritéis con los ricos porque no sabéis cuánto sufren los pobres ricos; vosotros tranquilizaos, tened calma (he aquí la religión como opio del pueblo) porque heredaréis una tierra; es decir, mantened

la serenidad, no os alteréis, dejad hacer a Dios porque Él distribuirá conforme a justicia y veréis cómo estos ricos sufrirán y a vosotros se os dará una tierra. ¿Cuándo se nos dará? Ah, eso no se sabe, Dios proveerá, y las cosas no cambiaban para nada. Este es el salmo 37.

Entonces, la expresión “mansos” no indica una cualidad moral del individuo, indica más bien una situación social desesperada; es la misma diferencia que existe entre el humilde y el humillado: aquí no se trata de humildes, sino de humillados. Para una mejor comprensión de esta bienaventuranza, podremos traducirla por “los desheredados”, o sea, aquellos que lo han perdido todo, y esto puede ser debido a distintas razones: culpa propia, incapacidad, etc. Sea como sea, Jesús dice que los desheredados, aquellos que han sido expropiados de todo, incluida la dignidad, son bienaventurados porque heredarán la tierra (y aquí el artículo determinado significa la totalidad).

Y se retorna a la primera bienaventuranza: si hay una comunidad de personas que se esfuerza por sentirse responsable de la felicidad de los infelices de este mundo, los desheredados, quienes han perdido todo, incluso el honor, la dignidad, ya no saben ni siquiera lo que significa ser una persona digna, todas estas personas reencontrarán en el ámbito de la comunidad cristiana no tanto un terreno, o un poco de dignidad, sino que recibirán la tierra en su totalidad; es decir, dentro de la comunidad de las bienaventuranzas los desheredados reencontrarán una dignidad que nunca antes habían conocido en la vida, ni tan siquiera antes de perderla, porque serán tratados con amor, con una atención y un esmero que nunca antes habían experimentado.

Como véis, no se trata de bienaventuranzas alienantes, son factores que involucran en la acción. Pero la realidad es que existen los desheredados del mundo y por desgracia siguen existiendo sin más desde los tiempos en que fueron pronunciadas las bienaventuranzas. Es tarea de la comunidad cristiana que a estas personas que viven sin ninguna dignidad se les permita hallar no una brizna de vida sino la plenitud de la misma.

Las bienaventuranzas de los afligidos y de los desheredados son después resumidas por el evangelista en una tercera bienaventuranza. Siguiendo el esquema repetido con el que el evangelista construye su relato, la sucesiva es: “Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia porque serán saciados”, o literalmente “Bienaventurados

los hambrientos y sedientos de la justicia, porque éstos serán saciados”.

El evangelista ha presentado dos situaciones de injusticia (los afligidos y los desheredados), y vuelve a ponerse en marcha con una tercera bienaventuranza. Habla ahora de aquellos que consideran una cuestión vital devolver la dignidad a quien no la tiene, liberar de la opresión a los oprimidos. Todos éstos – asegura Jesús – serán plenamente felices aquí en la tierra, en el seno de esta comunidad (porque, recordémoslo, todo depende de la primera bienaventuranza que es el marco de referencia), o sea, en una comunidad de gente que ha renunciado a la ambición, al tener más, al enriquecerse, que ha rehusado ser más que los otros y ha comprendido que **la felicidad no consiste en aquello que se posee, sino en aquello que se da.**

Y esto lo afirma igualmente, aparte de la bienaventuranza, una frase de Jesús en los Hechos de los Apóstoles, que desafortunadamente siempre ha sido transmitida sin el relieve que merece. Jesús dice: “hay más alegría en dar que en recibir”, he aquí la felicidad. En nuestro mundo muchas personas no son felices porque piensan que la felicidad consista en aquello que los demás deben hacer por nosotros. Y entonces quedan muy a menudo desilusionados porque los demás no pueden conocer sus expectativas y sus deseos. Quien piense que su propia felicidad depende de lo que los demás deben hacer para él permanece siempre sumido en el desaliento.

De ahí que **Jesús diga: no, la felicidad no consiste en lo que los otros harán por ti, en aquello que recibirás, sino en aquello que tú serás capaz de donar.** De este modo, la felicidad es plena, inmediata, total; la felicidad consiste en cuanto se hace para los demás; yo siempre sé lo que puedo hacer por los demás, nadie me lo puede impedir.

Por ello, la invitación que hace Jesús es a gozar la plenitud de la felicidad, y si existe una comunidad que se ocupa de la felicidad ajena, en esta comunidad serán saciados plenamente quienes consideran una cuestión vital el hambre y la sed de esta justicia (y aquí habría que traducir con un verbo que ha caído un tanto en desuso, porque el término que usa el evangelista es el verbo χορταζω que se usa para los animales que comen hasta reventar, y se podría decir “hartos”): es decir, los hambrientos y sedientos serán saciados hasta rebosar de abundancia.

El evangelista emplea este mismo verbo, estar saciados, en un episodio importante, el episodio del compartir el pan y los peces, cuando se nos dice que todos los que comieron quedaron saciados (Mt 14,20). Haciendo uso de esta técnica literaria (o sea, empleando este verbo solo en ambos casos), el evangelista nos hace comprender que **se sacia la propia hambre y sed de justicia a base de saciar el hambre física de los demás**, pero, sobre todo, Jesús garantiza que en el seno de su comunidad no tendrá cabida ninguna forma de injusticia, ningún tipo de injusticia tendrá carta de ciudadanía en su interior.

Y por esta razón, Jesús tomará algunas precauciones por desgracia poco tenidas en cuenta. Jesús dice a los suyos: ¡atención!, no permitid que nadie os llame padre, porque el único Padre es el de los cielos; que ninguno os llame maestros, porque el único maestro soy yo. Una pequeña nota al margen: en la vida religiosa, el encargado de la formación de los novicios es denominado “padre maestro”: ¡qué disparate!, como si Jesús no hubiese hablado con claridad suficiente... Así pues, para evitar que surjan rangos y jerarquías en el seno de su comunidad, Jesús toma las debidas precauciones. Él nos asegura que quienes pongan sus cinco sentidos en estas formas de vivir la justicia serán plenamente saciados.

Y tras haber presentado las situaciones negativas de la humanidad, el evangelista presenta ahora los efectos positivos que tienen lugar dentro de la comunidad en los individuos que han hecho esta opción. Recordad que Mateo escribe siguiendo el modelo de las obras de Moisés, el cual, tras anunciar al pueblo los mandamientos de la Ley, proclama una especie de credo de aceptación de los mismos, que en hebreo se conoce como el “shemá Israel” (escucha Israel). Pues bien, Mateo hace lo mismo: tras la proclamación de las bienaventuranzas presenta el Padre Nuestro. El Padre Nuestro no es una oración, es la fórmula de aceptación de las bienaventuranzas, en forma de plegaria, tanto es así que a cada bienaventuranza corresponde una petición del Padre Nuestro.

Y al igual que en el Padre Nuestro las primeras peticiones tienen que ver con la humanidad, con el reino, y después las otras atañen a la comunidad, del mismo modo sucede en las bienaventuranzas. Así pues,

- en la primera parte de las bienaventuranzas hemos visto situaciones de sufrimiento de la humanidad, que es tarea de la comunidad cristiana eliminar de raíz;

- ahora pasamos a comprobar los efectos que se producen dentro de la comunidad.

Y la primera bienaventuranza de esta segunda parte es: “Bienaventurados los misericordiosos, porque hallarán misericordia”, o literalmente, “Bienaventurados los misericordiosos, porque éstos recibirán misericordia”. Hemos de estar atentos, porque las bienaventuranzas que examinaremos a continuación no conciernen a grupos distintos de personas: los misericordiosos por un lado, los puros de corazón por otro, los constructores de paz por su cuenta. No, no se trata de grupos diferentes, antes bien, son todos efectos que tienen lugar en el individuo y en la comunidad que han acogido la primera bienaventuranza: así pues, quien elige vivir la primera bienaventuranza y libremente opta por entrar en una condición de pobreza para permitir a los pobres salir de ella, quien se hace responsable de la felicidad de los demás, éstos individuos son todos misericordiosos, puros de corazón, constructores de paz a un mismo tiempo. Recordemos, pues, que estas cualidades que el evangelista enumera no son cualidades de los individuos particulares, sino características que les hacen reconocibles, que les identifican como miembros de la comunidad de las bienaventuranzas.

Así pues, el primer rasgo característico es el ser misericordiosos. Misericordioso (ελεημων) no significa una persona que alberga sentimientos **misericordiosos**, designa antes bien a una persona **que se esfuerza activamente para ayudar a los demás**. La misericordia no es un sentimiento, es antes bien una acción concreta con la cual se ayuda a los demás a salir de una situación de dificultad. Son personas con las que se puede siempre contar; no es, por tanto, un gesto de caridad que se lleva a cabo de vez en cuando, la misericordia es el gesto habitual que hace a la persona reconocible; se sabe que esa persona está siempre disponible para ayudar.

Entonces Jesús dice: los misericordiosos, esas personas que están siempre dispuestas a dar una mano, son bienaventuradas porque hallarán misericordia, es decir, cada vez que se encuentren a su vez en una situación de dificultad, de necesidad, hallarán ayuda de Dios por medio de la comunidad. He aquí el cambio del que hablábamos al principio: si nos sentimos responsables de la felicidad de los demás, permitimos que Dios lo sea de la nuestra: es un cambio maravilloso. Porque por mucho que nos ocupemos de la propia persona, de la propia

felicidad, nosotros no nos conocemos como nos conoce Dios. Jesús dijo que conoce incluso los cabellos de nuestra cabeza; por tanto, la acción de ayuda de Dios hacia nosotros superará siempre con creces nuestra acción de ayuda a los demás y, sobre todo, nos dará siempre mucho más.

En el evangelio de Marcos hallamos una imagen muy hermosa que a menudo es interpretada de forma errónea, al no ser comprendido el léxico, el lenguaje de aquella época. Jesús dice “seréis medidos con la medida con la que midáis y se os dará aún más en añadido”. ¿Qué quiere decir esta medida?

Hasta hace unas cuantas décadas, en las tiendas de ultramarinos, los productos se solían vender a granel, o sea, no estaban empaquetados ni se despachaban ya confeccionados. Se pedía un centímetro de aceite, dos medidas de harina, etc, y para cuantificar estos alimentos se usaban pequeños contenedores llamados medidas. Jesús está hablando de cosas que todos comprendían al escucharle, y asegura que la medida que vosotros empleáis os será devuelta. Es decir, lo que damos a los otros no es una pérdida, porque se nos restituye. Dios no se deja vencer en generosidad. Es más, Dios regala vida a quien produce vida. Así pues, se nos devuelve la medida que usamos y se nos añade aún algo más. Por ejemplo, si yo doy 100, no solo recibo 100, sino 130. Y ahora esta cantidad, 130, no me la guardo celosamente para mí, la vuelvo a donar y recibo 180: es decir, el amor es la garantía del crecimiento del individuo, cuanto más se dona a los demás más se crece por dentro.

He aquí por qué Jesús pronunció esa expresión que, tal como la traducimos e interpretamos, podría dar pie a una interpretación de tipo sindicalista: a quien tiene se le dará, a quien no tiene le será quitado incluso lo que tiene. Esta frase de Jesús se antoja de una injusticia demoledora. El verbo “tener” indica aquí un resultado, porque cuando digo “yo tengo” relato siempre el resultado de una acción. Jesús habla aquí tras la parábola de los cuatro tipos de terrenos: es decir, ha dicho que hay una semilla que es capaz de producir y de fructificar. Por ello, el significado es éste: a quien produce le será dada la capacidad de producir aún más. Quien ha captado el mensaje de Jesús y lo traduce en actitudes prácticas, cuanto más se dona a los demás es mayor la capacidad de dar que surge en él. Aquél que, por el contrario, no se dona a los demás, aquél que no produce, hace estéril la propia capacidad de

amar, y cuando llega el momento en que tiene necesidad, no es capaz de ello.

Si yo me entreno cada día para superar los inevitables sinsabores y adversidades que la vida común, la vida familiar, la vida social comporta, cuando llegue el momento de la ofensa, del mal recibido, seré capaz de perdonar porque estoy entrenado para ello. Pero si soy incapaz de levantar la vista más allá de los pequeños conflictos, de las ofensas, etc, sucederá entonces que cuando llegue el momento serio en que reciba algún mal, seré incapaz de perdonar. A quien tiene le será dado, es decir, a quien produce amor le será dada una capacidad de amar aún mayor, pero a quien no tiene se le quitará incluso esa capacidad.

Jesús nos asegura, y por eso digo que cambia la vida, que somos bienaventurados si nos comportamos como personas con las que los demás pueden contar habitualmente porque saben que estamos siempre dispuestos a dar una mano. Somos bienaventurados porque cuando tengamos necesidad, Dios mismo intervendrá y nos bendecirá con mucho más de cuanto hayamos podido dar nosotros a los demás.

Otra de las bienaventuranzas que ha sido muy mal interpretada en el pasado es: “Bienaventurados los puros de corazón, porque verán a Dios” o literalmente “Bienaventurados los puros de corazón, porque éstos verán a Dios”. En el pasado, la pureza no se localizaba en el corazón, sino en los genitales. Era una generación obsesionada por la pureza, atemorizada ante el pensamiento de que Dios veía todo y vigilaba atentamente cada una de nuestras acciones, siempre dispuesto a cogernos in fraganti. De ese modo, se reducía el concepto de pureza a lo meramente genital y esto hizo perder de vista la riqueza verdadera de esta bienaventuranza.

Jesús aquí no está hablando de pureza a nivel genital o sexual. El caso es que en el mundo hebreo, el corazón no tiene el mismo significado que tiene en nuestra cultura occidental. El corazón no es para ellos la sede del afecto, del amor, sino que equivale a lo que nosotros decimos mente, conciencia: cuando en el evangelio se habla de dureza de corazón no se piensa en personas crueles, se refiere en cambio a personas obstinadas, invulnerables en su caparazón.

Así pues, Jesús está hablando de los puros de corazón, es decir, aquellos que son limpios en su propia conciencia, en su intimidad, y

afirma que estos personajes limpios, transparentes, verán a Dios. También aquí el evangelista - ¿véis como se repite la referencia al Antiguo Testamento – se refiere al salmo 24,4 que establecía la pureza de corazón como un requisito que era preciso cumplir para subir al templo y participar en la liturgia. Jesús habla de personas limpias, pero como hemos indicado antes, tampoco esto quiere indicar una cualidad del individuo, aquí la pureza señala una actitud concreta que hace al individuo reconocible; y cuando una persona ha elegido vivir la primera bienaventuranza, es decir, no enriquecerse, sino compartir con los demás, renunciar a la ambición de tener más, de ser más, finalmente se convierte en una persona genuina, una persona auténtica, es decir, transparente. Entonces, asegura Jesús, las personas limpias, las personas verdaderas, las personas transparentes de corazón, que lo son también en la lengua, en sus palabras, personas que no tienen dobleces ni se escudan detrás de máscaras, estas personas son bienaventuradas porque verán a Dios.

Pero hay que estar muy atentos porque aquí Jesús no está prometiendo ningún tipo de visión. En sus palabras asegura que estas personas transparentes verán a Dios pero no en el más allá porque allí lo veremos todos, lo contemplarán incluso las personas que no han sido puras de corazón. Jesús asegura una visión inmediata aquí en esta tierra. En griego, el verbo “ver” se escribe de dos maneras:

1. con la forma blepo (βλεπω) se indica la vista física,
2. y con la forma orao (Οραω) se indica el matiz de ver como percepción interior, una profunda experiencia interior.

En nuestras lenguas, por el contrario, se usa un mismo verbo para indicar esas dos realidades que de por sí son bien distintas, a veces con el matiz de vista física, a veces con el significado de percepción o comprensión interior.

Y aquí el evangelista no pretende decir en absoluto que las personas bienaventuradas tendrán visiones de Dios. Jesús asegura que quien elige vivir conforme a la primera bienaventuranza será una persona limpia, transparente, y puesto que es transparente hacia los otros, Dios también será transparente hacia ella, y esa persona se percatará de la presencia de Dios en su existencia como padre tierno que se ocupa incluso de los aspectos mínimos, insignificantes de su vida.

La vida cambia entonces, nosotros creemos que Dios está presente junto a nosotros en el camino de la vida, pero ¿cuándo es que lo podemos experimentar? Dios está presente, pero ¿dónde? Pues bien, Jesús afirma: si vivís así os daréis cuenta cada día de la presencia de Dios hasta en las cosas más pequeñas de la vida. Un Dios de una ternura tal que todo transforma en bien, un Dios que se pone a nuestro servicio, un Dios que siempre permanece junto a nosotros.

Y llegamos ahora a la bienaventuranza que era de algún modo el centro de nuestro encuentro, pero como véis están todas ligadas una a la otra y no es posible analizar una aislada en detrimento de las otras: “Bienaventurados los operadores de paz, porque serán llamados hijos de Dios” o literalmente “Bienaventurados los artífices de paz, porque éstos serán llamados hijos de Dios”.

Analicemos ante todo los términos. Jesús no proclama bienaventurados a los pacíficos, sino a los artífices de paz, los constructores de paz (εἰρηνοποιοί). ¿Cuál es la diferencia? Veamos:

- ser pacífico es una cualidad del individuo, el pacífico es aquella persona a la que le interesa tanto preservar su propia paz que evita cuidadosamente tener que afrontar cualquier situación de conflicto.
- el artífice de paz, por el contrario, es un individuo que por la paz de los demás está dispuesto a crear situaciones conflictivas; los constructores de paz son personas que producen muchos quebraderos de cabeza porque para obtener la paz de los demás no vacilan en despojarse hasta de la suya propia. Pero veamos quiénes son estos personajes.

Constructores de paz: también en este caso el evangelista no pretende indicar una cualidad del individuo, señala una actividad que hace a la persona plenamente reconocible. La palabra paz en hebreo es “shalom”, una palabra que es mucho más rica que nuestro término paz; paz en hebreo significa todo aquello que concurre a garantizar la plena felicidad de los hombres. Como véis una vez más, el proyecto de Dios es que los seres humanos sean felices. Deseo subrayar este punto porque a menudo la gente asocia fácilmente a Dios con la infelicidad más que con la felicidad; no solo, el caso es que hay personas que ni siquiera viven con serenidad los momentos de tranquilidad y gozo que la vida ofrece, temerosos de que el Padre eterno les envíe alguna desgracia para quebrar esa felicidad...

Esto es tan cierto que en el lenguaje popular la gente dice a veces que intuía que algo se iba a torcer, que presentían que iba a suceder algo malo, porque todo marchaba demasiado bien... y no era normal. Aquí se pone de manifiesto la imagen de las divinidades paganas, que no toleraban que los humanos alcanzaran determinadas cotas de felicidad, y se encargaban de obstaculizarla puntualmente. Muchas personas temen pronunciar la palabra felicidad asociada a Dios porque les parecen términos irreconciliables, se sienten más a gusto con el famoso “valle de lágrimas”. Pero no es éste el mensaje de Jesús: él nos invita a la plenitud de la felicidad aquí en esta vida. Es posible ser del todo felices en esta vida, porque esto corresponde exactamente a la voluntad divina. No es preciso tergiversar los términos como hacen personas generosas dedicadas al voluntariado que se preguntan angustiadas si sus obras son realmente meritorias y válidas o no. Temen que si uno no se sacrifica, si no sufre, su entrega no sea aceptable a los ojos del Señor. En la mentalidad popular y debido a la herencia del pasado, la persona feliz parece no estar en sintonía con Dios. Es suficiente contemplar la iconografía del pasado para entenderlo: fijaos bien cómo aparecen representados los santos, sus rostros desde luego no desbordan alegría. ¿Habéis visto alguna vez un santo feliz? Es difícil encontrar a un santo sonriente, siempre los representan con un semblante triste y compungido. Pero es la voluntad de Dios que se realice en esta tierra la felicidad y Jesús nos pide que colaboremos en la obra de la creación de Dios.

En la teología judía se creía y se enseñaba que Dios había trabajado durante seis días y que el séptimo había descansado. Dios había creado el mundo, el universo, que después los hombres se habían encargado de arruinar, pero Dios por su parte había trabajado bien duro. Jesús no se muestra de acuerdo con esta concepción: cuando le reprochan por no respetar el sábado, en el evangelio de Juan, Jesús responde: mi Padre trabaja y también yo debo trabajar. Con otras palabras, Jesús está afirmando que la obra de la creación no ha concluido todavía. **El relato de la creación que hallamos en el libro del Génesis, que dibuja una situación ideal de armonía entre el hombre y la mujer, entre el ser humano y la creación, no quiere expresar un anhelo nostálgico de retornar a un paraíso perdido, supone más bien la profecía de un paraíso a construir, en cuya realización es preciso empeñarse remangándose bien las mangas.**

He aquí la razón por la que Pablo, en la carta a los Romanos, exclama: “la humanidad, la creación entera gime a la espera de que

se produzca la manifestación de los hijos de Dios". Este es el querer de Dios: que nosotros nos convirtamos en colaboradores de su obra creadora; y éste es precisamente el significado de ser constructores de paz. Por ello, en esta bienaventuranza aparece la equivalencia entre ser constructores de paz y ser llamados hijos de Dios. En el mundo hebreo, hijos de Dios posee dos significados:

1. semejanza: hijo de Dios indica un parecido con Dios.

2. hijo es aquél que recibe protección por parte de Dios.

Pues bien, Jesús asegura: quienes edifican la paz, o sea, quienes trabajan por la felicidad, la dignidad y la libertad de los hombres son bienaventurados porque, antes que nada, son semejantes a Dios. Parecerse a Dios quiere decir que llevan a cabo su mismo trabajo. Y además son bienaventurados porque tendrán a Dios de su parte. Dios está con quien no substraer la felicidad de los demás, sino que se esfuerza en hacerla posible; Dios no se pone de parte de quien aniquila la dignidad de las personas, él está junto a quien no ahorra esfuerzos para restituir la dignidad a los seres humanos; en otras palabras, Jesús nos invita a colaborar incesantemente en la creación.

Al hilo de cuanto estamos diciendo, encontramos una expresión en el Antiguo Testamento que, al ser traducida a nuestras lenguas, pierde mucho de su riqueza original, y aquí se pone de relieve el límite conceptual del occidente, incapaz de adecuarse y de captar el sentido original de texto oriental. Pablo, y también en otros pasajes del Nuevo Testamento, habla de que hemos sido elegidos para ser hijos adoptivos de Dios. Bien, nosotros interpretamos las cosas desde nuestra forma de pensar occidental en la que la adopción significa un gesto de amor con el que se trae un niño al seno de la familia; sin embargo, el significado teológico de ser hijos de Dios, hijos adoptivos, es mucho más rico. En aquella época la adopción tenía el siguiente significado: cuando un rey o un emperador comprendía que su vida se acercaba a su final, no dejaba su reino o su imperio en manos de su hijo biológico. El rey elegía entre los propios generales u oficiales la persona que le parecía más adecuada, la más capacitada para llevar adelante como él su imperio, y adoptaba como hijo a la persona elegida. Éste es el significado de la adopción como hijos, se trata de un Dios tan enamorado de los seres humanos, un Dios que nos estima hasta el punto de pedirnos ser sus hijos adoptivos, o sea, pone en nuestras manos su obra y nos invita a colaborar con Él y como Él en la creación del mundo, para construir la paz. Pero es inevitable que para construir la paz sea necesario quitársela de las manos a los enemigos de la misma. Cuando se trabaja para favorecer la

vida de los oprimidos, es preciso fastidiar un poco la vida de los opresores.

Hemos visto que todas estas bienaventuranzas aparecen formuladas en futuro, y recordemos que son condiciones posibles solo si existe el fundamento de la primera bienaventuranza. Pero ahora, llegados al final, nos encontramos con que la última bienaventuranza está de nuevo formulada en tiempo presente, exactamente como la primera: “Bienaventurados los perseguidos por causa de la justicia, porque de ellos es el reino de los cielos”. Como véis, la segunda parte de la primera y de la última bienaventuranza son idénticas.

La última bienaventuranza habla de persecución, y como primera reacción, uno queda un tanto perplejo: después de toda esta lista de bienaventuranzas, como conclusión uno se esperaría otra cosa, sería casi lógico esperarse el aplauso de la gente. Y sin embargo, Jesús es muy claro: aquellos que son fieles a todo este programa (la justicia significa precisamente la fidelidad) no deben esperarse aplausos ni reconocimiento por parte de la sociedad civil ni religiosa. Han de esperarse solo la persecución.

Pero lo más grave es que el verbo “perseguir” que emplea el evangelista (διλλκω) es un verbo que indica el matiz de persecución pero en nombre de Dios, la más terrible de todas. La persecución en nombre de Dios es la peor porque no proviene de enemigos externos, proviene de las filas de aquellos con los que se creía poder contar, aquellos que deberían haber colaborado en la ejecución de ese programa de vida. Jesús habla de esto porque quien acoge las bienaventuranzas entra en sintonía con Dios, contempla a Dios, lo siente presente en la propia vida y tiene necesidad de manifestarlo cada vez de una forma nueva.

Sucede entonces que precisamente en el seno de la comunidad cristiana existe, en cambio, una parte del cuerpo que se ha detenido en su crecimiento y que, lejos de seguir la propuesta de Jesús de crear una comunidad dinámica animada por el Espíritu, se ha degradado convirtiéndose fatalmente en una institución inmóvil gobernada por medio de leyes: éstos no soportan la presencia de los profetas dentro de sus filas y los persiguen.

Es por esto que Jesús exclama: “Jerusalén, Jerusalén, ciudad santa, Jerusalén, eres una ciudad asesina; todos los enviados, los

profetas que Dios te ha mandado los has eliminado uno a uno”. En otras palabras, con esta última bienaventuranza Jesús asegura que quienes permanezcan fieles a este programa serán perseguidos en nombre de Dios, precisamente por parte de quienes habrían tenido que ayudarles.

En el evangelio de Juan Jesús afirma: “vendrán días en los que quien acabará con vuestra vida creará un culto a Dios”. Pero sois felices porque Dios está con vosotros: para el creyente, para la comunidad cristiana, la persecución no será una señal de derrota, sino un factor de crecimiento. En la parábola de los cuatro terrenos Jesús habla del grano que cae en un terreno pedregoso y echa raíces, brota, pero después sale el sol y lo quema porque las raíces no eran suficientemente profundas. La acción del sol es fundamental para la planta, necesaria, vital; si la planta se quema no es por culpa del sol, es culpa de la planta cuyas raíces no son consistentes. Explicando todo esto, Jesús habla de las personas entusiastas que acogen su mensaje llenas de gozo, pero apenas surgen las persecuciones se vienen abajo. La persecución es un factor de crecimiento para la comunidad, es como la acción del sol respecto a la planta: la fortalece y la hace crecer; esto no quiere decir que sea necesario ir en busca de persecuciones. Ya surgen bastantes de por sí, sin necesidad de procurarlas. Jesús nos asegura que vivir conforme a las bienaventuranzas traerá como consecuencia el hecho de ser perseguidos.

Pero Dios se pone siempre de parte del perseguido. Entre quien condena en nombre de Dios y el condenado, Dios se alinea siempre con el condenado. Entre quien enciende la hoguera y quien es quemado en ella, Dios está siempre de parte de la víctima. Y tal vez la tragedia de la historia de la iglesia no es tanto que ésta no haya sabido reconocer a los santos, los profetas enviados de Dios, sino que los ha identificado y cuando ha sido posible los ha quitado de en medio.

Pero luego la historia va adelante y sucede que quienes han sido sacrificados y humillados posteriormente pasan a ser reconocidos como los verdaderos testigos del Señor. Os pongo un ejemplo de un personaje que yo estimo de manera especial y que todos conoceréis: Teresa de Ávila. Teresa había entrado en un convento de monjas de clausura, pero ella era una mujer de las bienaventuranzas, vivía en sintonía con Dios, por lo que consideraba insuficientes los medios e instrumentos para vivir la vida cristiana que la regla de la vida religiosa le ofrecía y por ello sentía la necesidad – precisamente porque estaba en sintonía con Dios – de

abrir nuevos caminos, de actuar de una forma nueva. Pues bien, el obispo de Ávila, desconcertado ante la vitalidad incontenible de Teresa, escribe al santo oficio estas palabras textuales: “tengo aquí en mi diócesis una monja que es una mujer inquieta y vagabunda”. Con estas palabras, sin quererlo, está haciendo un retrato muy hermoso de Teresa: a esa pobre mujer, monja inquieta y vagabunda, después de un poco de tiempo, la iglesia la ha reconocido doctora de la iglesia. Del obispo en cambio se ha perdido la memoria.

Pero el caso es que, pensándolo friamente, el razonamiento del obispo era incluso “lógico”: “querida Teresa mía, hace siglos que las monjas se santifican observando fielmente estas reglas, ¿qué necesidad hay de modificarlas? Obsévalas y basta”. Pero los hombres de las bienaventuranzas, los constructores de paz, aquellos que viven en sintonía con Dios encuentran que los medios de sus contemporáneos son insuficientes, y tienen necesidad de crear medios nuevos porque la comunidad que Jesús quiso es una comunidad dinámica animada por el Espíritu. El riesgo que se corre siempre es que la comunidad degenera en una institución gobernada por reglas y refractaria a la acción del Espíritu.

¿Cómo podemos discernir si estamos ante una comunidad dinámica animada por el Espíritu, la comunidad de las bienaventuranzas, o ante una rígida institución inmóvil gobernada por leyes? Existe una frase que es como una señal de alarma: cuando frente a una nueva propuesta se nos diga: “¿por qué cambiar?, siempre se ha hecho así”, podemos deducir razonablemente que prevalece la ley y no el Espíritu. Corremos entonces el riesgo de pasar a ser perseguidores más que perseguidos. Os doy las gracias por vuestra atención.